

# Reminiscencias de Margarita Gautier

El día 15 de enero de 1924 se celebró en el Teatro Sarah Bernhardt, de París, un centenario escénico sin precedente.

El 15 de enero fué el centenario del nacimiento de Alfonsina Plessis, más conocida con el nombre de María Duplessis y el personaje original de *La Dama de las Camelias*. Por ella, por María, esta página:

LA verdadera Dama de las Camelias nació el 15 de enero de 1824 en Nonat-le-Pin, habiendo sido inscrita con el nombre de Alfonsina Plessis, que más tarde, al lanzarse a la vida galante, cambió por el de María Duplessis, que a su vez Dumas transformó en el de Margarita Gautier.

Huérfana de una comerciante en pequeño, que había sido la esposa mártir de un abominable borracho, Marino Plessis, la futura Dama de las Camelias fué en un principio mendiga en los caminos públicos, moza de granja a orillas del Lago de Ginebra, sirvienta en su país natal, lavandera en París, en la calle del Echiquier, modista en la calle Saint Honoré, cerca de la calle del Arbol Seco, para encontrar al fin su destino en la galantería, de baja especie primero y la más elegante después.

Vendida a los doce años por su padre, un día que aquel hombre moría de sed, a los quince años hacía las delicias de la juventud dorada de París; a los diecisiete era la cortesana más famosa de Europa, mereciendo las alabanzas — no siempre desinteresadas — de poetas, artistas y hombres de talento, que se desvivían por encomiarla, y entre los que figuraban hombres de la talla de Teófilo Gautier, de Néstor Roqueplan y de Julio Janin.

Era bella y elegante. Tenía una cabellera magnífica que sabía arreglar con arte inimitable. Su boca era pequeña, sus dientes blancos y brillantísimos, mientras que sus manos y sus pies eran no menos finos y adorables que su cuerpo, perfecto por la gracia y la distinción.

Entre tantos testimonios elogiosos que nos han llegado de sus contemporáneos acerca

de esta mujer, figura el que publicó el cronista de *Le Siècle*, Matharel de Fiennes, a raíz de su muerte:

«Me parece que la veo todavía: grandes ojos negros, vivos, dulces, llenos de asombro, casi inquietos, y en los que se revelan



MARIA DUPLESSIS,  
«LA DAMA DE LAS CAMELIAS»

(Dibujo, según fotografía, de E. GARCÍA CABRAL).

sucesivamente el candor y los vagos deseos; cejas admirables, eran de terciopelo negro y parecían hallarse colocadas sobre su frente para hacer resaltar el blanco mate de la piel y el brillante cristal de los ojos; una boca que parecía sólo entreabrirse; cabellos españoles por el color y franceses por la gracia; en una palabra, un conjunto tan encantador y tan poético, que cualquiera que veía a María Duplessis, así fuera cenobita, octogenario o colegial, no tenía otro recurso que enamorarse perdidamente de ella.»

Más sobrio, el croquis que de ella nos hace Teófilo Gautier, adquiere sin embargo mayor relieve: lo trazó durante una de esas representaciones de gala en la Opera o en los Italianos, al brillo de las cuales parecía contribuir la presencia de esta Aspasia. «¿Quién no ha observado, en el más bello palco del teatro—interroga—a esa joven mujer de distinción exquisita, y admirado su casto óvalo, sus bellos ojos negros ensombrecidos por largas pestañas, sus cejas de un arco tan puro, su nariz de un corte tan fino y tan delicado y su aristocracia de formas que le daban el rango de duquesa?»

Pero lo que más profundamente enamoraba de ella a sus contemporáneos, eran las señales de un fin prematuro que descubrían en los círculos sombríos que iban formándose bajo sus bellos ojos, la transparencia de la piel cruzada por finísimas venas azules, la ideal blancura de su cutis y el aire de desesperación que envolvía a toda su persona.

«El más alto elogio que de ella puede hacerse», decía Paul de Saint Victor, uno de sus contemporáneos, si es que no fué uno de sus amantes, «consiste en que su alma tiene suficiente vida para poner en movimiento al cuerpo, y que la está matando para poner un fin a todo».

Alejandro Dumas hijo, en plena juventud, y con la libertad de costumbres a que le acostumbró desde muy pequeño el libertino de su padre, el autor de *Los Tres Mosqueteros*, no había cumplido aún veinte años cuando por circunstancias que sería prolijo enumerar, tuvo ocasión de comer una noche en la casa de María Duplessis. Esta súbitamente abandonó la mesa y a sus invitados, para retirarse a su alcoba a donde la siguió Dumas profundamente conmovido, sorprendiéndola en un acceso de tos, síntoma inequívoco de la enfermedad

que estaba minando a aquel organismo juvenil. La Duplessis no se conmovió menos que su joven visitante, al observar que éste dejaba escapar lágrimas de dolor ante aquella vida que se iba agotando precipitadamente, y de ahí nació entre ellos un afecto que no tardó en trocarse en pasión, y que quedó inmortalizada por la famosa obra en la que Dumas supo poner un girón de su vida, y una herida de su corazón.

María Duplessis era una cortesana en toda la extensión de la palabra, cuyos favores se